



4-170 1

O. Completas.  
Tomo VIII.

AÑO II.-NÚM. 11

15 MARZO 1916



## ¡HAY QUE SER JUSTO Y BUENO, RUBÉN!

POR MIGUEL DE UNAMUNO

*Pauvre Lelian!* se dijo de Verlaine, y Rubén lo recordaba. ¡Pobre Rubén!, digo yo ahora. Porque éste otro niño grande era también, como aquél, bueno, entrañadamente bueno. Débil, entrañadamente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir a morir junto a su cuna, él, el hombre de todos los países cuya patria no era de este mundo.

Conocí y traté a Rubén; no lo bastante. Conservo de él una docena de cartas, en algunas de las cuales se ve al hombre. Fué quien me llevó a *La Nación*, de Buenos Aires, en que colaboro hace años.

Quiero ahora aquí, como ofrenda al hombre, comentar una de esas cartas.

Con esta lengua que el Demonio nos ha dado a los hombres de letras, dije una vez delante de un compañero de pluma que a Rubén se le veían las plumas—las de indio—debajo del sombrero; y el que me lo oyó, ni corto ni pere-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



zoso, esparció la especie que llegó a oídos de Darío. Y éste, poco después, el 5 de Septiembre de 1907, me escribía desde París: «Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero...» No copio lo que sigue, pues no quiero aparecer haciéndome el propio artículo ante la muerte, aun fresca y palpitante de pena, del óptimo poeta y hombre mejor.

Seguía luego la carta así: «Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura». Tampoco debo copiar lo que sigue, y que a mí se refiere, hasta que dice: «Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación». ¿Alguna estimación? ¿Nada más que alguna estimación? ¡Noble Rubén! ¡Con qué dignidad, con qué nobleza se quejaba de una conducta que, en verdad, no debí haber para con él seguido!

La carta acababa así: «La independenciam y la seriedad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno. *Ex todo corde*, RUBÉN DARÍO.

Han pasado más de ocho años de esto; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma, y ahora parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fuí con él justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.

Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquéllos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deso. Y yo, arando sólo mi campo,



desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nuevos desdeños, seguí callándome ante su obra. ¿Fué esto justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.

Él, por su parte, no se calló ante la mía. Ante mi obra poética, quiero decir. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fué lo que dijo Rubén en un artículo de *La Nación*, bonaerense. No lo olvidaré nunca. Y las cartas que después me escribió fueron nobles, sinceras y dignas. Y es aquél óptimo poeta era un hombre mejor.

Le acongojaban las eternas e íntimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas. No esas guitarradas que se suele citar cuando de su poesía se habla, eso de «la princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?» o lo del «ala aleve del leve abanico», que no pasan de leves cosquilleos a una frívola sensualidad acústica; versos de salón sin intensidad ninguna. Porque el pobre Darío tuvo la triste suerte de todos los que de verdad remueven y ahondan y renuevan, y es que de lo suyo adquiera más pronta y extensa boga lo menos suyo y lo más flojo. Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio—lo digo sin asomo de ironía; más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. Pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso.

«Sea, pues, justo y bueno». Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha.

¡No, no fuí justo ni bueno con Rubén; no lo fuí! No lo he





sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno.

Erá justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los al parecer más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fué antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No, ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Aquél hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañadamente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, a las veces, se disfraza de soberbia. Se conocía, y ante Dios—;y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad—hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era.

No descansó nunca aquel su pobre corazón sediento de amor. No de amar, sino de que se le amase.

«Alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura». Aún me resuena esta queja y reproche y demanda. ¡Que no era pedirme una limosna, no, no!, sino era pedirme una justicia. «Sea, pues, justo y bueno».

Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fué un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo



aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterrano. Y para mejor ensayarme me soterré donde no oyera a los demás.

¡Pobre Rubén! ¿Te llegarán tarde estas líneas de tu amigo que no quiere ser injusto ni malo? Nunca llegan tarde las palabras buenas. Dicen que la hora de la muerte es la de las alabanzas. Pero si éstas son sinceras y son justas, hasta vale la pena de morirse, porque ante Dios y los hombres resuenen las alabanzas sinceras y justas. ¿Por qué en vida tuya, amigo, me callé tanto? ¡Qué sé yo...! ¡qué sé yo...! Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu. Pero tú, pobre Rubén, me estás diciendo desde tu reciente tumba: «Sea justo con los otros, con todos; sea bueno con los otros, con todos». Pero...

De tal modo se tapa uno los oídos para no oír a los demás y que no le distraigan de sí mismo y le dejen así oír mejor la voz de sus entrañas, que acaba por no oírse ni a sí mismo. Y no comprende uno que esa voz que cree de sus entrañas es la voz de los otros, de aquellos a quienes no quiere oír, que por sus entrañas le llega.

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: éste tu hurraño y hermético amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que—más vale no pensar en por qué—no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí.

Hay que ser justo y bueno, Rubén.





## LA OBRA DEL MAGO

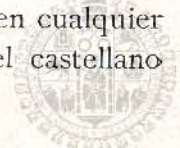
Por JOSÉ CARNER

La obra de Rubén Darío ha sido de neologismo poético: ha naturalizado en España el verbo inspirado y cambiante de musas extranjeras. Garcilaso hizo casi hablar en italiano al español: intentóse en el siglo de oro el latín y hasta el hebreo. El perfecto casticismo sólo existe en el folk-lore. Acaso el castellano está poco influido por los verbos lejanos, y al decir verbo no me refiero a la lista de las palabras, sino al espíritu diverso que las mueve. Lo característico de Rubén Darío es haber sentido la inmensa necesidad de dar al lenguaje de las esculturas una movilidad que consintiese desde el vuelo arrebatado hasta la pirueta del capricho.

La tradición sería cosa muerta si no reaccionara de continuo bajo la acción de la novedad, solo corrosiva para las tradiciones ficticias o caducas. La heroica audacia de Rubén Darío ha sido una magna operación vital en la lengua castellana.

Podrá decirse que la novedad desorienta, pero sólo al mediocre. Y, ¿qué importa el naufragio del mediocre en literatura? En realidad, la pléyade de imitadores cursis y desvenecijados de Rubén Darío en la actual literatura no son argumento contra él, sino su consagración. El genio es siempre cruento, a veces para sí mismo, y siempre para los demás.

Rubén Darío es como un eterno neófito del castellano. Los románticos ingleses fueron italófilos; los alemanes, anglófilos; los franceses, germanófilos. ¿Qué tuvo ésto de particular si los mejores clásicos del Renacimiento han sido tal vez los traductores de las lenguas antiguas? ¡Y los mejores latinos los más griegos! Para escribir en castellano, como en cualquier otro idioma, lo peor es aprenderlo. Compárese el castellano



Art. sobre  
Rubén Darío

Summa -  
Madrid - 15 marzo 1916 -

4-270 4

LITERATURA

7

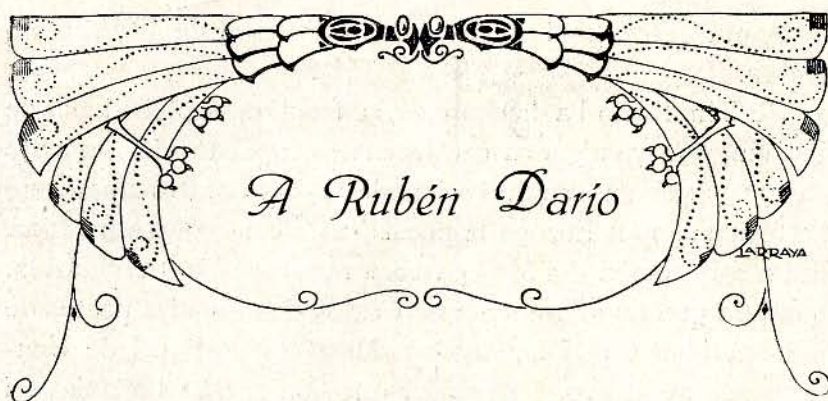
de Santa Teresa o el de Rubén Darío con el de D. Antonio Maura.

Rubén Darío ha hecho caer la frontera septentrional de España, que ya algunos catalanes se ocupaban viciosamente en socavar en su extremo oriental. El poeta centro-americano ha articulado en Europa la poesía castellana contemporánea. Junto a la tumba del Mago vemos renovarse la tierra árida. Quisiera que no se me enojasen estos dos grandes poetas de la austeridad española, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, si me atrevo a significar que han nacido begonias en una estepa.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO. USAL. ES



### Epitafio

*Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,  
y llena está de ti la soledad que espera  
tu retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera  
va a revestir los campos, a desatar la fuente.*

*En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga  
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.*

*Y eres en nuestras mentes, y en nuestros corazones  
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.*

*Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina  
te aguardan... Donde quiera tu citara divina  
vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...*

*Solamente en Managua hay un rincón sombrío  
donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:  
"Pasa, viajero, aquí no está Rubén Darío.."*

*Manuel Machado:*



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES





RUBÉN DARÍO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



## Salutación a Leonardo

— Ω r. l. y c

Maestro, Pomona levanta su cetro. Tu estirpe  
 Saluda la Aurora. Tu guerra! que estorpe  
~~La infame~~  
 De la Intefuenci- la mancha; que gaste  
 La rum. ca ven. de vislor; que splaste  
 Al sapota piedra y su honda.

Sonida una dulce no vato Píoente.  
 El verso en ala y el ritmo su onda  
 Hermanan & en una  
 Dulzura de luna  
 Que surge ~~estaba~~ per bala  
 (El ritmo se la onda y el verso del ala  
 Del mágico Cí, no, sobre la la figura  
 Sobre la la figura.





Y así, soberanos maestros  
 Del Eterno,  
 Los ~~+~~ vagoz fijos  
 Del sueño, el Encarnan en líneas tan puros  
 Que el sueño  
 Recibe la saupé del mundo mortal,  
 Y el alma coiffue su cuerpo  
 De ver advertida a través del casual y dinio cristal

~~Maestro, los sueños de un del vato~~  
~~De un ~~del~~ ~~del~~ ~~del~~~~

f Los bufones  
 Los hacen sonreír a Monna Lisa  
 Saben canciones  
 Que he tiempo en los ojos a Jesús <sup>del 1145</sup>  
 De la brica.

+





Para su Eminentísima.  
 Como flor o pecado es su traje  
 Rojo  
 Como flor o conciencia  
 De sutil momento que a su traje  
 Miran con vaso recto o espejo.  
 Napoleón dejó a la abeja de oro  
 Hacer su miel  
 En ~~su~~ ~~su~~ su pista de azaf, que sonoro  
 Danolín, y el laurel, no anuncia Florencia.  
 Maestros, si ~~ella~~ en Roma  
 Dan al tal Dabilona y Sotoman  
 Su amorfa ciencia,  
 Sus purpúreas banderas, tu fecho  
 De palmas un da redimidas  
 Bajo la cruz  
 De tu fecho: San Marcos  
 Y Pastorem de luces y lunas y vidios





( Far bufnes  
 Que hacen la risa  
 de Mona Lisa  
 Saben tan antiguas cauciones. )

A 2

Con ~~tantos~~ leones de Asnos  
 Junto al tron por recabte.  
 Mientras oírse el dinin monaca  
 Pero  
 Hallarás la siste  
 La siste <sup>para</sup> ~~de~~ tubíca  
 Si es que vos en tu lírica boca  
 Sólo con tu fíocorda  
 ( El viento  
 Sabe la tempestad por tu cofauecto. )



